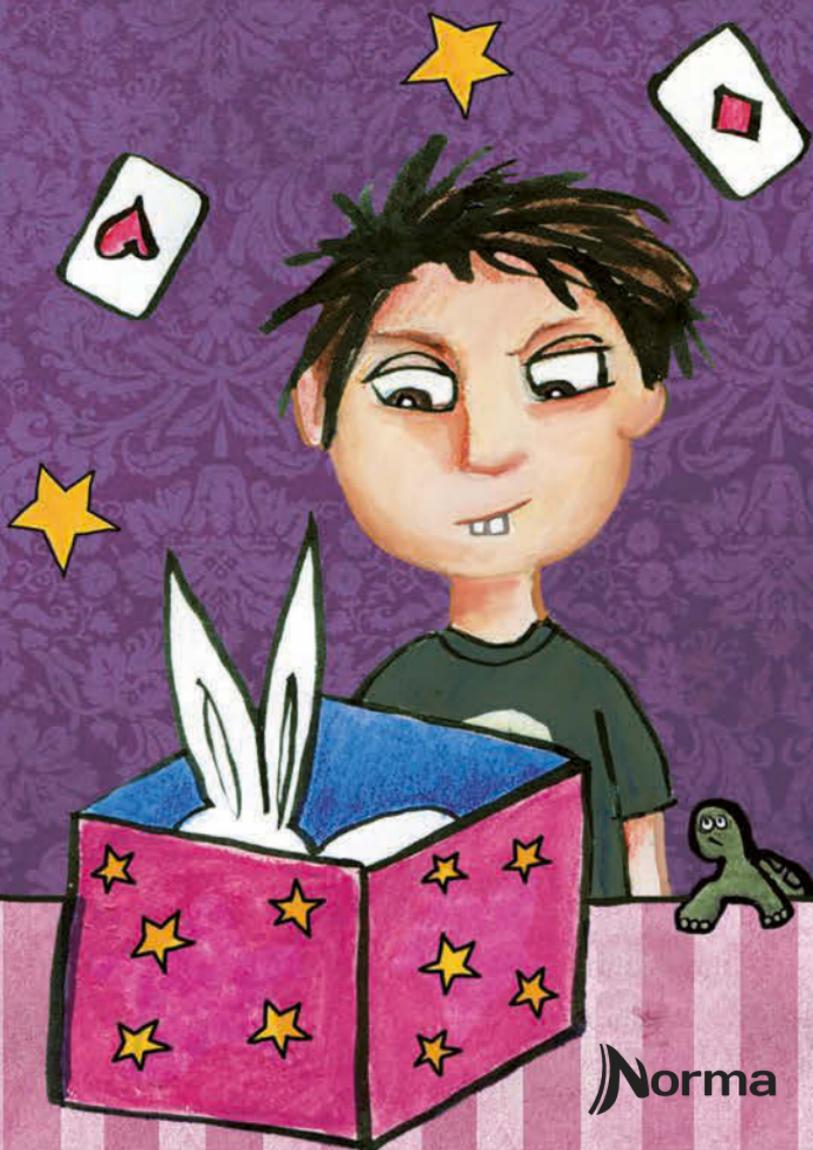




Ilustraciones de Paula Laverde Austin

Max el terrible

Jaime Alfonso Sandoval



Norma

Max el terrible

Max el terrible

Jaime Alfonso Sandoval

Ilustraciones de Paula Laverde Austin

 **Norma**

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

863.7

S35

2014 Sandoval, Jaime Alfonso

Max el terrible / Jaime Alfonso Sandoval; ilustraciones
de Paula Laverde Austin . — México : Norma, 2014.

176 páginas : ilustraciones. — (Colección. Torre de papel. Azul)

ISBN: 978-607-13-0211-3

1. Novela mexicana — Siglo XXI. 1. Literatura mexicana —
Siglo XXI. 3. Literatura infantil — Siglo XXI. I. Laverde Austin,
Paula, ilustradora. II. t. III. Ser.

© 2014, Jaime Alfonso Sandoval

© 2014, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

Bosque de Duraznos 127, piso 2

Bosques de las Lomas

CP 11700 México, D.F.

Primera edición: agosto de 2014

Dirección editorial: Lorenza Estandía González Luna

Jefe editorial: Varinia del Ángel Muñoz

Edición: Lizbeth Alvarado Mota

Ilustraciones: Paula Laverde Austin

Diagramación: Cristina Bautista

Tercera reimpresión, junio 2016

Impreso en México – *Printed in Mexico*

CC: 29009476

ISBN: 978-607-13-0211-3

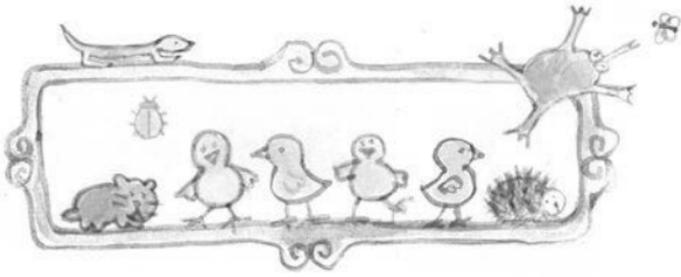
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, conocido o por conocer, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización por escrito de la editorial.

*Para Ana Silvia y Ernesto Antonio,
mis queridos hermanos.*

*Por nuestras mascotas, por esos juegos,
porque ustedes son el tesoro de mi infancia.*

Contenido

Parte de la familia	11
La apuesta	25
El gran Max	41
Nuevo día, nuevo todo	59
Los animales más <i>sin chiste</i> del mundo	83
El mensaje	97
El gran escape	111
Ro-mi-na	123
Paco de Catemaco	133
Romina y sus bichos	143
Un momento <i>chiquiespecial</i>	157
Epílogo	171



Parte de la familia

Mi nombre es Enrique Montero y soy coleccionista.

Hay niños que coleccionan monedas, timbres de correo, estampas de jugadores de futbol y otras cosas aburridas, al menos para mí lo son, porque yo colecciono mascotas. Sí, leíste bien: mascotas.

Adoro a los animalitos, soy un niño al que le gusta la naturaleza y todo eso.

He tenido cuarenta y cuatro animales. Ahí te van algunos: cinco erizos dormilones; un *gecko*, que parecía un lagarto en miniatura, que hacía un ruidito como dan-

do besos; tres lagartijas de panza fría; varios escarabajos; ranas acróbatas de circo; un cuyo, que son parecidos a los ratones pero sin la fea cola (me da asquito la cola); un canario gruñón; ocho hámsteres, todos supergordos; peces golosos; un montón de pollitos... ¡y muchísimas mascotas más!

Como vivo en un departamento, mis papás sólo me dejan tener animales pequeños, si viviera en una mansión o en el campo, serían tigres, elefantes o leones. No harían daño a nadie porque tengo algo que se llama “don de mando” y los animales me obedecen. Cuando sea grande quiero volverme domador y llamarme: “Quique, el amo de las bestias”; suena excelente.

Ya no tengo mi colección completa, muchos han escapado o se han muerto, yo digo que no es justo, ¡no respetan mis sentimientos! Hace unas semanas huyó un canario por la ventana y dos de mis carpas amanecieron panza arriba: ¡ahogadas! ¿Por qué hacen eso? Si los trato tan bien.

Ahora sólo me quedan algunos animales como Timo, mi hámster; Chela, una tortuga que siempre está de mal humor; un pollo llamado Charly 9 (a todos les pongo el mismo nombre para no confundirme y sólo les cambio de número, es

muy práctico); mi pescado Pescadín (no estaba inspirado cuando lo bauticé, perdón); Coco, el perico y Greta, la araña.

A veces cuando otros niños se enteran de mi fabulosa colección me preguntan: “¿Y cuál ha sido tu mascota favorita?”. “A todos los quiero igual”, les respondo como dicen las mamás de sus hijos. “Para mí, mis animales son como de la familia”.

Bueno, tal vez exagero porque no dejaría a una tía encerrada en una pecera mugrosa ni le daría a mi abuelito galletas para perico. Aunque esas galletas saben bien, una vez las probé.

Pero te voy a contar un secreto: a veces una mascota se vuelve mi favorita y más cuando es nueva. Eso me pasó con Greta, una tarántula peluda y negrísima que me regalaron mis papás en mi cumpleaños.

A mucha gente le dan terror las tarántulas, creo que por eso se volvió mi mascota favorita, por exótica. Como estaba de vacaciones aproveché para consentirla.

Le di a Greta el “Tratamiento superespecial de Quique para mascotas”, que consiste en dejarla ver toda la televisión que quiera, sobre todo el programa: *Los animales más venenosos del mundo*, se lo puse para que se inspirara para fabricar veneno. Le conseguí comida riquísima (no sé

si a las arañas les gusta el chocolate, pero a mí me encanta). La llevé al parque para que tomara el sol y se bronceara, o algo así. Y le regalé un recipiente de plástico transparente para que fuera su casa y la puse en un lugar especial: mi buró, donde tengo mis cosas favoritas de todo el universo como mi alcancía de caja fuerte, mi videojuego portátil y el trofeo que gané en un concurso escolar de imitadores de Benito Juárez, ¡me peino igual!

Soy el mejor dueño del mundo. De verdad, no hay nadie mejor que yo.

Esperaba que Greta se sintiera feliz antes de empezar su entrenamiento, porque tenía muchos planes para ella. Le iba a enseñar a que diera brincos karatecas para asustar a los niños que husmearan en mi mochila sin mi permiso, ¿te imaginas? ¡Una araña guardiana! Además podría usarla como adorno con mi disfraz de *Halloween*, y se movería sólo cuando yo dijera. Y gracias a su tamaño le enseñaría a buscar cosas, por ejemplo, si se perdieran las llaves del coche (a mi papá siempre le pasa) o alguna de mis canicas. Sólo tendría que gritar: “¡Greta, operación búsqueda y rescate!”. Y Greta se metería bajo los muebles hasta encontrar lo que yo hubiera ordenado.

Tenía muchos planes.

Sí, hablo en tiempo pasado porque Greta fue un fiasco. ¡Y con lo bien que me porté!

Empecé por enseñarle el truco básico, le dije: “Greta, hazte la muertita” y la araña se quedó muy campante, ni siquiera se dejó caer. Respiré con paciencia y luego pedí: “Greta, a ver, dame una patita”; ¡y sabes qué hizo? ¡Nada! ¡Y eso que tiene ocho patas!

No sabía qué pasaba con mi poderoso “don de mando”.

Pensé que tal vez la araña estaba sorda porque no le vi orejas por ningún lado. Intenté por las buenas, y también le grité un poquito, es la verdad, pero Greta tampoco obedeció, ¡sólo quería estar tranquila sin que la molestara!

Le advertí que hasta que me hiciera caso y se comportara como una araña obediente, volvería a tener el “Tratamiento superespecial de Quique para mascotas”, así que apagué la tele, no le di más chocolate (ni siquiera probó el que le llevé primero, ¡qué desagradecida!), pero ni así me obedeció. Qué injusto, ¿no?

Te digo que los animales no respetan mis sentimientos. ¡Cómo voy a ser “Quique, el amo de las bestias”, si no puedo entrenar a una simple araña?

Llegué a la conclusión de que la culpa no era mía sino de Greta, que era muy tonta la pobre, y dejó de ser mi mascota favorita.

Pero como soy un niño muy bueno y lindo, y quiero mucho a los animales naturales del mundo, no tiré a la araña, ¡nunca! La metí a su contenedor de plástico y la llevé a la azotehuela del departamento, es un patiecito donde está la lavadora, el boiler y las cajas donde mi papá guarda sus herramientas. Está algo oscuro, sólo hay una ventanita que no abro para que nadie escape. Ahí viven mis otras mascotas, en jaulas y peceras, encimadas como torres, porque hay poco espacio.

Huele un poco mal, es verdad, porque soy un niño muy ocupado (tengo como cinco videojuegos favoritos y muchas caricaturas qué ver en la televisión) y a veces se me olvida limpiar las jaulas, pero sí les doy agua y comida a mis mascotas... bueno, casi siempre.

A los que están en la azotehuela los llamo “los animales más *sin chiste* del mundo”. Y ya no los saco a pasear ni juego con ellos, ¿para qué? Ninguno sabe hacer ningún truco. Los pobres no sirven para nada.

—Lo que haces es horrible —me dijo Romina cuando supo que encerré a Greta en la azotehuela.



—La araña no servía para nada —expliqué—. Es muy tonta. No sabe cómo levantar la pata, ni hacerse la muertita, ni siquiera trae lo que pido.

—Es una araña, no un perro —exclamó Romina—. Y además las mascotas no son juguetes para que te diviertas.

Ya que acaba de entrar a la historia, te presento a Romina Vázquez Montero, es tres cosas de mí: mi vecina, mi prima y mi mejor amiga. Bueno, a veces, lo último no tanto, porque Romina es una niña muy critica y le gusta dar consejos sin que se los pidas.

—Las mascotas deben obedecerte y divertirte —aseguré convencido—. Aunque tu mascota no hace nada de eso porque no la has entrenado y no tienes “don de mando” como yo.

Romina tiene sólo un animal, un perro chihuahuero pequeño llamado Galleta y es el perro más flojo del mundo. Si hubiera concursos de perros perezosos ganaría el primer lugar. Casi todo el día se la pasa dormido en la mochila de *Princesas por siempre* de su dueña.

—Galleta no es un inútil —lo defendió mi prima.

—¡Sólo sabe roncar! —me reí—. Si tu perro fuera mío, haría un montón de tru-

cos. ¿Sabías que hay perros que actúan en películas y telenovelas? Otros trabajan de policías, rescatistas y hasta aprenden a sumar y a restar.

—¿Y para qué quiero que Galleta sepa sumar y restar?

—¡Pues para que te ayude a hacer la tarea! Si mis papás me dejaran tener un perro, lo tendría actuando en películas y sería millonario, eso seguro.

Romina lo pensó un rato y me dijo:

—Pobre perro, sería tu esclavo. Qué bueno que Galleta es mío, no quiero que trabaje, así es feliz, como un perro normal.

Me desesperaba que mi prima tuviera tan poca visión para los negocios.

—Dicen que cada mascota se parece a su dueño —murmuré—. Y creo que tu perro y tú son un poquito tontos.

Mi prima alcanzó a oírme y se enojó muchísimo. Tomó su mochila de *Princesas por siempre*, fue a la puerta y antes de salir me dijo:

—Eres un niño terrible, Quique. Crees que eres bueno con los animales, pero eres muy malo. Tratas a las mascotas como si fueran cosas y eso no está bien.

No me ofendí porque sé que no es cierto, ¡soy un encanto de niño, una maravilla, que se preocupa por todas las criaturas

vivientes del mundo! Y algún día voy a ser “Quique, el amo de las bestias” y mi prima querrá verme cuando sea rico y famoso. Tal vez tenga un show en Las Vegas con serpientes y tigres albinos y no dejaré que Romina entre a ver mi espectáculo. ¡Será parte de mi venganza!

Mientras tanto, esperé a que se le pasara el coraje. Lo bueno es que Romina vive muy cerca, entre mi edificio y su casa hay un parquecito. Cuando quiero verla sólo necesito asomarme a la ventana y lanzar tres silbidos que significan “Ro-mi-na”. Luego de un rato escucho dos silbidos a lo lejos que significan “Qui-que”. Ese día lo intenté, fi-fi-fi, silbé tres veces, pero Romina no me respondió. Debía seguir furiosa.

No me importó porque yo estaba preocupado en otra cosa. Iba a pedirles a mis papás una nueva mascota. Siempre dicen que sí.

“No”. Eso dijeron.

Congelado, atónito, con la boca abierta. ¡Así me quedé! Hasta pensé que no me habían entendido. Entonces mi mamá me explicó:

—Enrique, querido, basta de animales. Acabamos de comprarte esa araña.

—¡Greta no sabe hacer nada! —expliqué de mal humor—. Es muy tonta.

—Tienes otros animales en la azotehuela —recordó mi papá.

—Ninguno sirve —aseguré—. ¡Todos son tontos!

—Lo siento hijo, pero no —repitió mi mamá—. Te hemos comprado demasiadas mascotas y cada vez te dura menos el gusto.

—Necesitamos ponerte límites —aseguró mi papá—. No es no.

Guardé silencio aunque no me iba a dar por vencido. ¡Jamás! ¡Recuerdas que dije que tenía “don de mando”? Pues eso aplica también con la familia. Puse a funcionar mi “Tratamiento superespecial de Quique para convencer a papás”.

¡Ojo! Te voy a decir en qué consiste ese tratamiento superespecial con la condición de que no lo repitas nunca jamás.

¿Me lo prometes?

Conste.

1.- El chantaje:

Les dije a mis papás que, por su culpa, no iba a ganar el premio Nobel de la Naturaleza porque ellos habían destruido mi espíritu científico al no dejarme tener más animales.

—No existe el premio Nobel de la Naturaleza —observó mi papá.

—Y aunque existiera, no te vamos a comprar otra mascota —repitió mi mamá.

2.- La negociación:

Prometí que si me compraban una nueva mascota sería la última, ya no pediría más, además subiría de calificaciones, lavaría los trastes durante una semana y limpiaría mi cuarto.

—Te recuerdo que con o sin mascotas es tu obligación tener buenas calificaciones y ayudar en casa —dijo mi mamá.

—Y no vamos a comprarte otro animal —agregó mi papá—. Confórmate con los que tienes ahora.

3.- El dramón:

Me tiré en el suelo y dije entre sollozos que era un niño bueno que amaba la naturaleza, que ellos eran los peores papás del mundo. Y me preparé para llorar las horas que hicieran falta.

Normalmente el “Tratamiento superespecial de Quique para convencer a papás” funciona muy bien (así me han comprado la mitad de mi colección), pero esa vez mi mamá dijo:

—Enrique. Hasta pareces niño chiquito haciendo berrinches. Está decidido, no es no.

No podía creerlo. ¡Había fallado mi tratamiento superespecial!

Me encerré en mi cuarto a llorar de verdad: “¡No es justo!”, grité. “¿Por qué todos

son tan malos conmigo? ¡Yo sólo quiero cuidar a otro animalito y darle cariño y buen trato!”.

Estuve llorando toda la noche, ¿qué podía hacer con Chela la tortuga, Timo el hámster, Coco el perico, Greta la tarántula, el pollo Charly 9 y Pescadín? ¡Nada! Ninguna de esas mascotas servía de nada. Pero estaba tan desesperado que hasta me puse a pensar, ¿y si les daba una segunda oportunidad?

Al día siguiente iba rumbo a la azotehuela cuando en la sala me encontré a mi papá. Llevaba en las manos una caja de cartón con agujeritos.

—Quique, mira, te traje algo —señaló en voz baja—. Es que no me gusta verte triste.

No podía ser... ¿o sí? Acaso era una...

A toda prisa abrí la caja, ¡era una nueva mascota! Dentro había un conejo gordo y grande. Me puse feliz, ¡nunca había tenido un conejo!

—Eres el mejor papá del mundo —abracé a mi papá.

—Pero es la última mascota que te compro —me advirtió—. Recuerda tus promesas.

Dije que sí.

¡Lo había conseguido! El “Tratamiento superespecial de Quique para convencer

a papás” había vuelto a servir. Funcionó mi poderoso “don de mando”.

“Eres un niño terrible”, me diría mi prima.